

RALF M. RUTHARDT

EL CLAMOROSO SILENCIO DE **MAX GRUND**

Prefacio:

Daniel Lacalle y Erick Behar-Villegas

Traducción al español:

Erick Behar-Villegas



A mis hijos y a las siguientes generaciones.

Un torbellino de pensamientos

SIEMPRE CON ESAS cavilaciones.

De pie, en silencio, mira por la ventana de su oficina hacia la lejanía. La vista a los campos verdes le hace bien. Los alrededores están entrecruzados de campos y tierras de cultivo, y en el horizonte se ven las estribaciones de una cadena de colinas boscosas. Max Grund reflexiona. Sus pensamientos llegan en oleadas. Primero salpican suavemente, luego rompen contra el acantilado de su imaginación. Así se suele sentir últimamente. Y no siempre está relajado. Más bien, se acumulan emociones que no lo dejan sentir bien. No parece haber una mejora a la vista en su estado de ánimo. Y no sólo es culpa suya.

Max Grund ha escuchado una frase. *En cada pensamiento claro hay arte*. Sus neuronas claman por claridad, por arte, incluso por una exposición. El mensaje es simple: no quiere que sus tres hijos tengan que vivir en un país en decadencia. No quiere, bajo ningún concepto, que sus hijos no puedan expresar su opinión libremente. No quiere imaginarse que su bienestar, ganado con esfuerzo y mucho trabajo, se pierda como el agua de un río, bajo la triste etiqueta de la *inflación* o la *desindustrialización*.

Las letras resbalan sobre él. Su lectura de la prensa diaria está prácticamente concluida por hoy. Algunos temas lo inquietan, y la vista hacia los alrededores facilita el pensamiento. Es evidente que el acceso a *información crucial* para todas las ciudadanas y ciudadanos es un requisito fundamental. Sólo sobre esa base podemos cuestionar críticamente y formarnos una opinión propia a partir de datos, hechos e informes de experiencias. Así lo ve

Max Grund. Está desconcertado y no tiene idea de por qué esta obviedad aparece aquí y ahora en su mente.

Max es experto cuando se trata de pensar y reflexionar.

Podría llamársele pensador excesivo, un *overthinker*. La situación sociopolítica en Alemania lo ha preocupado especialmente desde la pandemia, al punto de afectar su bienestar. Esta abundancia de pensamientos merece ser cuidadosamente analizada y expresada.

En cada pensamiento claro hay arte.

Esto requiere de mucho tiempo. En realidad, quiere expresar o escribir sus preocupaciones, para que no se desvanezcan. Así sería posible un debate amplio. Pero a Max Grund le faltan plataformas adecuadas y ocasiones plausibles. No es famoso ni prominente. Por ahora, sólo puede contárselo a los árboles de afuera. Los árboles son buenos oyentes.

La falta de plataformas de discusión explica quizá por qué Max saca a relucir temas como la política, los medios de comunicación masiva y —desde su perspectiva— la democracia amenazada en cada oportunidad inapropiada. Es como si pasara de meter la pata en un tema a hacerlo siete veces más. Así termina uno atascado en un barril de desconcierto y vergüenza. Hace meses que casi no puede soportarse a sí mismo. Incluso su reflejo a veces niega con la cabeza.

Se supone que él era una persona alegre y comunicativa. Pero ahora aparece frustrado y resentido. Sólo con algo de esfuerzo le es posible ocultar su desánimo con una falsa ligereza. Al menos, cree él, que en la mayoría de los casos lo consigue. Sin embargo, no está del todo seguro de ello.

Recientemente, Max Grund se encontraba en una tienda de electrodomésticos frente a una selección de nuevos smartphones. Mientras le atendía una asesora de ventas —muy amable, por cierto— cambió de tema de manera repentina.

—Permítame una breve pregunta, señora Werling— dijo Max. Tiene la costumbre de dirigirse a los asesores por su nombre cuando llevan una placa de identificación. Por un lado, por

cortesía y aprecio. Por otro, porque así logra captar su atención. Jessica Werling se sorprendió. Antes de que pudiera preguntar cómo sabía él su nombre, Max continuó con su pregunta.

— ¿Por qué se extraen las tierras raras para este *smartphone* en condiciones inhumanas por parte de jóvenes en el Congo?

A la asesora se le olvidó la pregunta sobre su nombre y miró a Max con signos de interrogación en sus ojos. ¿Cómo, qué, quién extrae a quién del suelo?... Jessica Werling estaba confundida.

A Max le divertía esto levemente, aunque en realidad no le gustaba poner a la gente en situaciones incómodas. Sin embargo, algo impulsivo dentro de él no le dejaba soltar el tema. «

—Me refiero a la ley de la cadena de suministro que está vigente en Alemania —añadió. Esto no mejoró las cosas para Jessica Werling. Aunque su empleador, siendo una empresa comercial, tenía que lidiar con ese monstruo burocrático, ella personalmente no tenía nada que ver con ello, y en general no se sentía especialmente afectada por las noticias de política y economía.

Por supuesto, Max tenía razón al querer señalar la ineficacia práctica de esa ley. Pero Jessica Werling, en última instancia, no era la persona adecuada para esa conversación, y el contexto tampoco resultaba coherente. Ella lo miró, algo desconcertada, y se sintió aliviada cuando Max pospuso su decisión de compra.

—Hasta... luego —dijo la joven con las cejas fruncidas, y ahora tenía tema de conversación para charlar con sus compañeros.

En realidad, Max sólo quería saber qué *smartphone* tenía la mejor cámara y, aun así, fuera lo suficientemente pequeño como para caber en el bolsillo de su camisa. Agradeció por la asesoría técnica. Lo tenía claro: de todos modos lo pedirá en línea en cuanto llegue la renovación de su contrato con el proveedor de telefonía.

Las cosas no siempre son lo que parecen. Todo es difuso y confuso, como un enredo de cables numerosos que se debe desenmarañar.

Max Grund está ahora en su oficina, y no encuentra un hilo conductor. Ni siquiera los rayos de sol de esta mañana tempra-

na a principios del verano de 2023 logran mejorar su estado de ánimo. Suena el teléfono. En la pantalla aparece *Sven Belling*. Belling es un experimentado gerente de informática que trabaja en un conglomerado. Max lo conoce desde hace años; juntos han llevado a cabo varios proyectos con éxito. Se entienden, se tienen confianza y han mantenido el trato formal de «Usted». Quizás eso sea lo que llaman la vieja escuela. O tal vez simplemente sea algo profesional; mantener una cierta distancia en procesos de trabajo complejos y con altos presupuestos no hace daño.

—¿Es que sus consultores y desarrolladores no saben leer conceptos? —Con este inicio de conversación, Belling consigue que Max entre en modo de alerta. Max conoce el proyecto. Lo ha supervisado desde el principio en el comité de dirección del proyecto. Enseguida entiende que uno de sus colaboradores ha cometido un error y que el cliente probablemente no ha hecho suficientes pruebas. Ahora toca pulsar las teclas del análisis de problemas.

—Sí, estimado señor Belling, no sólo redactamos los conceptos, sino que después también los leemos... al menos de vez en cuando —intenta responder Max con una pizca de ironía, tratando de aligerar la conversación.

—¡Usted no tiene idea de lo que está pasando en el departamento técnico! —grita Belling, mientras al mismo tiempo libera un poco de estrés. Sí, Max sabe que la gente de finanzas y contabilidad del cliente está trabajando especialmente duro en este momento. Si además se tienen que extender las fases de prueba porque el software tiene errores o la parametrización no es correcta, es frustrante. Pero si el cliente ya ha realizado pruebas y ha aceptado el software, entonces está en el mismo barco que él. Con este pensamiento, Max ya no se siente solo en su apuro.

—Cuando implementamos la automatización de procesos robóticos (RPA), debemos entender los flujos exactos de los procesos del negocio, señor Belling —Max se esfuerza por mantener un tono tranquilo—. Sólo así los consultores en RPA pueden configurar el robot de *software* para que realice las tareas de manera automatizada.

—Eso lo tengo claro —dice Belling, tratando de acortar el tema— en la fase de prueba eso también funcionó. Yo mismo revisé los protocolos de prueba.

Max recuerda el proceso comercial que se automatizó con Robotic Process Automation, es decir, RPA. Sospecha dónde podría estar el problema. «Hasta donde recuerdo, señor Belling, el sistema de contabilidad identifica a aquellos clientes que son morosos. Luego, esos datos se proporcionan al departamento de ventas en un documento de Excel».

—Mhm —murmura Belling, permitiendo que Max continúe hablando.

—Si se añade o se mueve una columna en el documento de Excel, eso puede hacer que el robot de *software* no complete los datos correctamente y que el proceso se interrumpa.

En el otro extremo hay un breve silencio.

—Maldita sea, eso debe ser —responde Belling. Probablemente también sospecha dónde está el problema. Max piensa por un momento si debería mencionar un precio para la solución del problema o si debería ayudar sin coste alguno.

—Entiendo muy bien que el departamento técnico tenga poca experiencia con estas nuevas tecnologías. Una capacitación adicional podría ser útil. Permítame hacerle una propuesta. Resolveremos el problema actual de forma gratuita, y ustedes contratarán una capacitación de cuatro horas. Le enviaré una oferta con la agenda, señor Belling, y las responsables de nuestros proyectos coordinarán la fecha del entrenamiento. ¿Le parece una solución viable?

Sven Belling se deja llevar por un «Sí, así lo haremos», aunque Max siente que en realidad no desea la capacitación. Pero si ya está recibiendo la solución del problema de forma gratuita, entonces Sven Belling tendrá que ceder en otro aspecto. *Quid pro quo*.

Mientras Max habla, su mirada se posa en el verde del paisaje circundante. Le hace bien y le da una buena sensación de vida. La naturaleza siempre ha tenido un efecto positivo sobre su ánimo.

El asunto se ha discutido con Belling, y aún queda tiempo para charlar. Aunque, en realidad, charlar sería el término equivocado. Desde la pandemia, el *small talk* ha desaparecido en gran medida de las conversaciones. Se habla, cuando hay confianza, de manera seria y preocupada sobre lo que está ocurriendo actualmente en Alemania. Así como en este caso.

La mayor parte del tiempo, los dos hablan sobre la inseguridad del suministro energético en Alemania y la deslocalización industrial. Al final de la llamada, Max se siente exhausto y sumamente preocupado. Una vez más. La cantidad de conversaciones en las que no se habla del clima o de las próximas vacaciones en EE.UU. sigue en aumento, sino de la evidente incapacidad de los gobernantes y de las adversidades derivadas de las decisiones políticas.

Max Grund se siente sorprendido. Ha notado que en las reuniones en línea con interlocutores internacionales no es así. Allí hay un cierto asombro por la política alemana, pero, por lo demás, la gente está relajada. Sin embargo, en las conversaciones con personas que viven en Alemania y se enfrentan a hechos consumados, el asombro no es lo único que se siente.

Más bien, hay un sentimiento de horror. Así lo vive Max Grund. Su día a día se ha transformado en un escalofriante gabinete parlamentario.

Max tiene la sensación de que, a pesar de toda la razón, está al borde de algo que se asemeja a «la locura». No puede simplemente dejar que el día pase y, al mismo tiempo, ignorar lo que sucede a su alrededor. Esconderse de la realidad social y política simplemente no se ajustaría a su autoimagen como ciudadano con derecho a voto.

Sus pensamientos inquietantes sobre la situación geopolítica necesitan ser organizados y clasificados, sin importar quién lo haga. Le parece que tiene que construir una casa de cartas al viento. Por eso está de pie frente a la ventana, reflexionando. Su aspecto se asemeja a una versión de *stand-up paddle* de *El pensador* de Auguste Rodin.

Al final, los eventos durante la pandemia de la COVID fueron extremadamente conmovedores. Hasta hoy, Max siente que falta un análisis objetivo y basado en hechos. Justo después llegó el conflicto militar en Ucrania; esta guerra ha planteado nuevas preguntas y problemas igualmente complejos. Además, está la forma en que se abordan las soluciones en torno al cambio climático. Estos temas importantes representan enormes desafíos para él como ciudadano, tanto en las elecciones como en la vida cotidiana. En Max germina algo que bien podría llamarse inquietud. No está solo en esto. Cada vez más, se encuentra con personas en su entorno que están nerviosas. Nerviosas porque las decisiones políticas ya no pueden ser ignoradas. De hecho, ignorar activamente *en un primer momento* fomenta la tranquilidad de su propio estado emocional. Es como jugar a la gallinita ciega para escapar de las dificultades. El mundo exterior huele a enfermedad, y el virus se llama inacción.

Cada *shock* exógeno, cada martillazo del destino, desata una réplica en la sociedad. Mucho de lo desagradable ha llegado en muy poco tiempo a ciudadanas y ciudadanos: las creencias frente a las inseguridades sobre las vacunas durante la pandemia.

Luego, aquella, contra toda lógica, casi olvidada y muerta inflación. Además, el Banco Central Europeo, involucrándose hasta la inanición en las necesidades de liquidez de los estados miembros. Luego los costes de la protección del medio ambiente, que se sienten en el bolsillo propio. Y no hay que olvidar los numerosos signos de interrogación que rodean los conflictos militares en Europa. Las decisiones geopolíticas de los gobernantes y los riesgos relacionados con nuestra economía, que hasta ahora había sido tan eficiente y exitosa. Esta lista puede ampliarse y concretarse. Para justificar su legítimo nerviosismo, estas palabras clave son más que suficientes para Max.

Desde hace un tiempo, se plantea preguntas: ¿Cómo se puede dar orden al caos de la información, la desinformación y las verdades selectivas? ¿Es necesario llevar a cabo los debates en privado, ya que en el espacio público —si es que existen— apenas hay lugar para ellos?

Max recuerda un programa de televisión en el que uno de los principales políticos alemanes respondió preguntas de los votantes. Inicialmente pensó que era un formato estupendo y cercano a la ciudadanía. Pero unos días después llegó la frustración. En un comentario se mencionó que una parte importante de los ciudadanos que habían participado en el programa tenían funciones a nivel local en el partido del político. El diálogo ciudadano fue una puesta en escena. Durante la emisión, Max había entendido que las personas seleccionadas al azar podían hacer preguntas al político. Hoy se da cuenta de que todo estuvo *arreglado*. Aún lo deja sin palabras. Claro, puede que no sea una mentira formal. ¿Pero es un enfoque así realmente honesto y libre de manipulación? Max no está seguro de ello.

Siempre con estas cavilaciones.

Es una especie de lujo tener una hermosa vista de la naturaleza en el trabajo, además del tiempo necesario para dejar que los pensamientos fluyan. Bueno, Max ha logrado esto con esfuerzo y dedicación, y se permite disfrutarlo, digamos, como un derecho ganado. Con esta afirmación, de alguna manera se legitima ante sí mismo y ante todo el mundo. Se siente privilegiado y a la vez justo.

Una cita se impone en sus reflexiones. Recuerda al que probablemente fue el último erudito universal alemán, cuyas complejas publicaciones le habían fascinado y, uf, le habían desafiado bastante en su juventud. Carl Friedrich von Weizsäcker, quien falleció en 2007, dijo «El sistema democrático al que se adhiere nuestro Estado se basa en la convicción de que se pueda decir la verdad a las personas».

Debemos regresar urgentemente a esta convicción, piensa Max, mientras se traga su enfado hacia el político y el diálogo ciudadano manipulado en la televisión. No todos son malos. No es la única media verdad o mentira que le ha llamado la atención en la cobertura mediática. Podría escribir un libro crítico sobre los medios y piensa por un momento si eso podría valer la pena. Luego descarta la idea. Sólo los literatos escriben libros que valen la pena, nunca personas como tú y yo.

La pradera brilla en un verdor fresco. Mientras un milano real busca su presa, los pensamientos de Max se centran al mismo tiempo. Se da cuenta de que no sólo entre sus socios comerciales ya no hay variedad en los temas de conversación, sino también entre amigos. Hace sólo unos años, en los diálogos se daba la vuelta al mundo entero. Era una charla alegre, en otras ocasiones un discurso serio. ¿Cómo es eso hoy? Max intenta dejar pasar las semanas pasadas y se da cuenta, con decepción, de que *siempre* se ha tratado sobre la política *actual*.

Cuando habla con amigos, socios comerciales o personas completamente desconocidas, por lo general, se ponen de acuerdo rápidamente: necesitamos de nuevo debates *reales* en nuestros parlamentos. Una democracia vive de que las propias convicciones se expongan con argumentos sólidos y, si es posible, con experiencias vividas. Hay que convencer a las personas de su punto de vista de manera *fundamentada*. Cada buen argumento cuenta. Sí, el argumento cuenta. Es más importante que simplemente exponer una postura ideológica. A menudo también se está de acuerdo en que, además de los debates en los parlamentos, también son necesarias las discusiones que preceden y las que siguen a esos debates. Para ello, nuestros representantes populares cuentan con comités y otros formatos de conversación. Para la sociedad en sentido amplio, principalmente aparecen esos formatos de conversación y discusión en los medios. Max cree que los programas de entrevistas de las emisoras públicas tienen una importancia y responsabilidad especial en este aspecto.

Otros le aconsejarían a Max que se quede callado. Pensar en voz baja es, sin duda, más seguro. Le cuesta lidiar con esa mordaza mental. Es importante ocuparse de los argumentos de los demás y, si son coherentes, cambiar su propio punto de vista. No de manera arbitraria, sino gracias a una comprensión fundamentada. Uno debe mantenerse firme en ello. Es positivo —y no debería haber una pérdida de reputación— si alguien corrige su postura por razones objetivas. Todo lo contrario, piensa Max.

Con admiración, Max observa el vuelo en picada del milano real. Y se alegra por el ratón que, por ahora, ha logrado escapar del ataque. El milano vuelve a ascender y se reposiciona. Max reflexiona sobre cuántos intentos deberá hacer esta ave de presa antes de tener éxito. Sigue mirando por la ventana. En un libro diría uno: es una figura estática. En la vida dirían: es alguien que piensa en voz alta. Ahora Max se toma su segundo desayuno y se siente contento de no tener que cazar tanto como el milano real.

Sí, es lógico y sensato. Escuchar, hablar, y en dado caso, cambiar de opinión. Max destaca que se puede cambiar de opinión por buenas razones. Infortunadamente, los políticos corren el riesgo de que, al cambiar de opinión, la opinión pública lo interprete como una debilidad. Por lo tanto, no le sorprende que los actores políticos se resistan a los argumentos. Para asegurar su imagen percibida en los medios, puede ser más exitoso presentar una ideología moldeada a su conveniencia.

Comunicar de manera ideológica permite ser «bueno» sin tener que justificar un asunto en detalle. Muchos quieren ser buenos más allá de lo que pueden serlo. Ahora todos pueden ser ideológicamente buenos... más de lo que quieren.

Cuando además se suma la habilidad retórica, es difícil enfrentarse a estos «actores» y sus ideologías. Cuántas veces, se critica Max a sí mismo, no se dio cuenta de que, en lugar de argumentos, le presentaron frases bien sonantes de políticos. Fue tan tonto que creyó en las palabras vacías.

Max observa sus manos. Sus uñas están limpias. Quiere hacer algo constructivo en el aquí y el ahora, sin tener que pegarse al pavimento, volverse vegano, echar sopa de tomate sobre el arte, cambiar de género o lanzar adoquines contra los coches de policía. Lo siente claramente: es hora de hacer algo. ¡Por nuestra democracia! Se necesita tiempo y espacio para mejores debates. Se requieren discursos objetivos y diferenciados. A Max le parece que cada ciudadana y ciudadano de nuestro país democrático está llamado a ello, y él, por supuesto, también.

Tiene que hacer algo. No puede ser de otra manera.

En alguna que otra ocasión, Max ya había tenido la preocupación de si sufría de pensamiento excesivo, lo que suelen llamar *overthinking*. Una especie de TDAH para personas que se toman la vida demasiado en serio. Quizás esa sea una autoevaluación acertada, piensa de nuevo en este momento. Pero, ¿cómo puede saber si está practicando un pensamiento excesivo por encima de la media? ¿A partir de qué punto se consideraría malo para la salud? Espera que su crítica reflexiva no sea patológica, sino útil. Sin embargo, se da cuenta de que hasta ahora no le ha proporcionado resultados útiles. Piensa en bucle y a veces se siente como en una pesadilla. Si hay un pasillo y al final una puerta, y corre y corre, y el pasillo se hace cada vez más largo, y la puerta es inalcanzable.

La aclaración de la pregunta sobre cuándo el exceso de pensamiento deja de ser normal mejor se la ahorra. Max prefiere evitar este tema. Un pensamiento menos no puede hacer daño. Existe el *detox* digital, es decir, el deseo de alejarse de la tecnología. ¿Por qué no debería haber también un *detox* cerebral, el deseo de alejarse del pensamiento?

Max se ríe por dentro. Le encanta la ironía. Ser autoirónico es su armadura. Lo protege de muchas cosas que hay afuera. Su ánimo se ha relajado y ahora se da cuenta de que los árboles de hoja caduca en el horizonte se integran bellamente en el paisaje con su diversidad de tonos verdes. Por un momento, algo de paz se ha apoderado de él. Qué hermosa es la naturaleza. Se alegra de ello y se promete llevar esa tranquilidad interior a casa después de terminar su trabajo. Sin duda, hará bien a todos.

Espera con entusiasmo la noche en familia, con sus tres hijos. Han crecido mucho, piensa. Y se siente feliz por lo que se han convertido sus hijos, ya casi adultos: personas amables y consideradas que valoran la educación como algo que no proviene de Instagram. Su orgullo se esparce, y se da cuenta de lo inapropiado que es. Después de todo, realmente no sabe nada de crianza. «Mi ex esposa...» Interrumpe su pensamiento y regresa a su trabajo.

Dieciocho nuevos correos electrónicos—y entre ellos, la oferta de un inversor de Burkina Faso que quiere transferirme once millones de euros a su cuenta, si hago clic en un enlace para confirmar el regalo espontáneo.

Sobre la arrogancia

ESTO NO HABÍA pasado en mucho tiempo. En plena mitad de la semana los tres hijos están en casa: Carla, Ruben y Jakob. La historia se llama «Desayuno inesperado con tres hijos», una instalación. Desde que han llegado a la adultez y viven en diferentes lugares, debido a su formación y estudios, Max ha tenido que aprender a soltar. Está agradecido de que sus dos hijos y su hija menor estén forjando su propio camino.

Agradecido de que, a pesar de sus limitaciones como padre, hayan crecido y se hayan convertido en adultos felices y capaces.

Como padre soltero —las razones para esto las reprime exitosamente— practica una crianza sencilla: ama a tus hijos. Está ahí para ellos. Dales espacio para que se desenvuelvan y mantén la calma. Mantener la calma no es su fuerte. Su síndrome de ayudador y el sentirse responsable por cada cosa y cada persona a menudo lo llevan a situaciones de apuro innecesarias.

Max se dirige a los niños. Están hablando sobre el aumento de los alquileres en las residencias estudiantiles; él, por su parte, prefiere mirar la sartén en la que se están friendo los huevos. Hay sándwiches, así que empieza a dar la vuelta a los huevos. Su hija le da un golpecito cariñoso en los dedos y le quita la espátula de la mano. Él tartamudea «sunnyside up» y un «sólo quería ayudar», y se aparta. Pues nada, que no. Saca el móvil y abre la app de *The Pioneer* para leer las noticias del día. Le entusiasma la cobertura detallada y las estadísticas bien presentadas. Y ahora también. Max se levanta y se dirige a donde están sus hijos.

—Mirad. Es una estadística genial. Aquí se ve cómo ha cambiado el comportamiento electoral en la UE en los últimos años —Les pone el móvil bajo las narices a sus hijos, tanto que al final ninguno puede ver nada—. La tendencia se ha desplazado claramente hacia la derecha. La gente cada vez vota más conservador. No me había dado cuenta.

Mientras sigue hablando, su hija lo arrastra hasta la mesa del comedor.

—Muy bien, papá. De verdad, muy interesante. Ahora siéntate. Estamos hablando de algo totalmente distinto. ¿Puedes entretenerte tres minutos más con la estadística tú solo? Enseguida está el desayuno, y nos sentamos contigo.

Con eso se da por enterado, y la importante revelación de esta temprana hora de la mañana tendrá que guardársela para sí. «Pues nada», murmura y vuelve a sus noticias. No está ofendido. Tampoco es falta de interés. Simplemente quiso sacar un tema importante, una vez más, en el momento equivocado. Él lo llama «espontaneidad». Otros lo llaman «estás molestando». Todo depende del punto de vista.

Durante el desayuno, cada uno está ocupado con lo suyo. Los sándwiches de huevo con aguacate están riquísimos. Una mirada a su alrededor muestra una armonía compartida, y Max se sumerge en ese momento de felicidad. Deja que los niños continúen su conversación y escucha. No tiene que opinar sobre todo. Ya son lo bastante mayores como para organizar su vida diaria. No necesita cuestionarlo ni comentarlo todo. Debe dar espacio a los otros mundos para que puedan respirar.

Pero ello no significa que su impresión quedó relegada a un callejón sin salida. Max conversa consigo mismo sin que otros lo noten, ni siquiera sus hijos.

Sí, la complejidad de nuestros tiempos es enorme, le respondió en su momento a uno de sus socios comerciales. Max intenta de nuevo desentrañarlo para sí mismo: Los principales impulsores de esta complejidad son las posibilidades tecnológicas en logística, telecomunicaciones, capacidad de almacenamiento

digital, potencia de cálculo e inteligencia artificial. En los últimos años, todos hemos experimentado los efectos en forma de globalización, en las nuevas dimensiones de la comunicación y a través de los sistemas de asistencia en muchos aspectos de la vida cotidiana. La aparición de la World Wide Web marcó una de esas rupturas en la historia de la humanidad. La inteligencia artificial traerá otra transformación significativa, tanto a nivel social como económico. Max Grund está convencido de que llevamos ya bastante tiempo inmersos en este cambio. Su interlocutor coincidió con esta visión. A veces, en las grandes cuestiones, sí que hay acuerdo.

Otra reflexión se enlaza directamente a la anterior: ¿Existe algo que haya permanecido igual en comparación con «tiempos pasados»? Sí, sin duda: muchas cosas buenas, pero también las malas. Por ejemplo, el deseo y la ambición de algunas personas de alcanzar desproporcionadamente más prestigio, desproporcionadamente más riqueza y desproporcionadamente más poder. Para ello, algunas personas, tanto individualmente como junto a otros con ideas afines, han estado siempre dispuestas, y lo siguen estando, a dejar de lado las restricciones morales y el interés común de forma consciente y deliberada. Da igual si esas restricciones morales provienen de la religión, de una ideología o si se basan en los derechos humanos universales ante la Carta de las Naciones Unidas. Puede sonar un poco pretencioso, pero es así.

Quizás, reflexiona Max, estas personas no son tan diferentes a cualquiera de nosotros, sólo que actúan de manera valiente y consecuente, ya sea de forma individual o en pequeños colectivos. Tal vez también se deba a sus condiciones iniciales. Si alguien, por ejemplo, cuenta con posibilidades especiales gracias a una gran herencia o por haber crecido en una familia con conexiones excepcionales con personas influyentes en la economía o la política, esa persona tiene un punto de partida diferente y más posibilidades de las que son habituales. Él o ella es una persona privilegiada. Porque no creció en Sierra Leona, sino en Hamburgo o en cualquier otro lugar de Alemania.

En todo caso, dicho colectivo querría sin duda autodenominarse élite. Max no quiere permitirlo. Como tiene sus pensamientos más o menos bajo control, el poder reside exclusivamente en él. Esto lo constata mientras reflexiona y se siente bastante contento con ese modesto pedazo de libertad de sus pensamientos. Tiene otro motivo para sonreír mientras limpia la encimera de la cocina y contempla satisfecho su trabajo de la noche. Luego se dirige al sofá y, como nadie le pide nada, se acomoda tranquilamente.

Max tiene un cuaderno mental. Anota para sí mismo: nuestra época es muy compleja. Cada vez hay más cosas que están interrelacionadas. Y la necesidad de las personas de obtener reconocimiento, éxito económico y poder sigue estando presente, como se puede esperar. Codicia. Poder. Un fenómeno global.

Hace un tiempo, Max llegó a la conclusión de que algunas ideas políticas en Alemania han fracasado en su absoluta rigidez. Entre ellas, incluye el concepto de la «dividendo de paz», del que tanto se habló tras el final de la Guerra Fría. También incluye la estrategia de «cambio gracias al comercio». Al menos, si entendemos por ello que dicho cambio debería llevar a una *igualación* del socio comercial, que pasa a adoptar valores similares a los propios, es decir, valores alemanes u occidentales. Max nunca ha entendido por qué otras culturas deberían tener un sistema de valores idéntico al nuestro. Sin embargo, hasta ahora tampoco ha cuestionado de manera consecuente esta estrategia geopolítica.

A Max le parece que sería suficiente si, bajo el techo de las Naciones Unidas, se lograra un acuerdo sobre la coexistencia pacífica. Sus pensamientos dan un salto, como en un concurso de saltos, cuando el caballo supera el siguiente obstáculo: él nunca ha entendido por qué, como potencia económica, Alemania ha renunciado cada vez más a su capacidad de defensa militar.

Recuerda su tiempo en la escuela básica secundaria¹. No

1 En el Sistema educativo alemán existen diferentes tipos de escuela. La Hauptschule, referenciada aquí, es básica y va hasta el noveno grado, la Real-

siempre era suficiente que sus compañeros de clase le copiaran en los exámenes. Vale, un poco de protección por parte de los que se beneficiaban era necesario. No obstante, de vez en cuando habría sido útil contar con unos músculos adicionales en el patio de recreo. Bíceps, tríceps y una rodilla fuerte.

Así será también en la geopolítica. Bueno, la comparación es un poco forzada, reconoce Max, y se siente que se divierte un poco por los recuerdos de su época escolar. Sin embargo, su pensamiento hace un nuevo intento: En aquel entonces, no renunció voluntariamente y en el sentido del *dividendo de paz* a su paquete de músculos. No fue el trato de dejar copiar a cambio de protección física en el patio de recreo. Simplemente no tenía la sustancia y por poco se echa a reír en voz alta al pensar en esto. Pero entonces sus hijos preguntarían qué está pasando, y eso es algo que quiere ahorrarles a ellos y a sí mismo. Su seriedad regresa, y concluye su reflexión: La República Federal de Alemania ya tenía el potencial para ser fuerte en la defensa militar. No habría tenido que hacerlo sola; al fin y al cabo, se podría haber encontrado un contexto europeo y así abordar las preocupaciones comprensibles de los vecinos europeos ante una Alemania unificada. Eso podría haber sido incluso una adición plausible a la introducción del euro.

Max recuerda los debates en el Bundestag² en Bonn. Parece que, en el contexto de la reunificación, fue importante que el fuerte Mark alemán fuera reemplazado por una moneda europea. Era necesario aliviar las preocupaciones de los grandes vecinos, especialmente del Reino Unido y de Francia, ante una Alemania reunificada. Max ha leído diferentes aportaciones de historiadores al respecto y ya no está seguro de cuál ha sido su valoración. Bueno, decide no darle más vueltas y vuelve al desolador estado de las Fuerzas Militares. Los gastos para necesi-

schule va hasta décimo grado con una educación más amplia, mientras que el Gymnasium, el más avanzado, va hasta el grado 12 o 13, ofreciendo la posibilidad de hacer la madurez (Abitur) para poder ingresar a la universidad.

2 El parlamento alemán.

dades militares no eran lo suficientemente agradables para muchos actores políticos. Se deleitaban en palabras sonoras y en la convicción o esperanza de que el bien prevalecería.

Evidentemente, esa era una visión compartida que trascendía las fronteras de los partidos políticos autodenominados populares.

Quizás algunos lo hayan sabido siempre. Quizás sea sorprendente. En cualquier caso, una parte demasiado grande de los mandatarios políticos y de los profesionales de los medios no estuvo adecuadamente preparada para la multitud de errores. Además, como sociedad no nos hemos enfrentado de manera suficiente y, mucho menos, de forma sostenible a cuestiones decisivas y de futuro en los últimos años. Tal política de avestruz deja espacio para todo tipo de rarezas.

Aquí y allá, actores populistas no invitados han subido al escenario. Nuevas voces estridentes han irrumpido en el centro de la atención. Minorías con el megáfono de la llamada inclusión. La diversidad como nueva religión. La bondad como un imperativo. Demasiados involucrados en la política y los medios han colaborado enérgicamente por oportunismo o por simplicidad.

Por un lado, se trata de seleccionar opiniones y estados de ánimo, piensa Max, para difundir este marco *woke* como «la verdad» o «el conocimiento» de manera generalizada, sin tener en cuenta cómo lo ve o lo practica la mayoría de la gente en nuestro país. Por otro lado, se malinterpreta intencionadamente a personas individuales para definir «lo malo» o «lo falso» de una manera muy simple y descalificadora en la percepción pública. En ambos casos, estamos muy lejos de un discurso, observa Max. Se podría describir como un aplastamiento mediático de los que piensan distinto.

Nuestro protagonista se pregunta qué ha hecho o no ha hecho durante todo este tiempo. ¿Dónde estaban las muchas otras conciudadanas y los muchos otros conciudadanos? ¿Hemos estado atrapados durante años en nuestra zona de confort? La respuesta está clara para Max: él y muchos otros han estado trabajando arduamente y pagando impuestos, cuidando de sus familias y, si era el caso, dedicándose a actividades de volunta-